

C. C. Couto

Perfiles de cebra



TREGOLAM

© Perfiles de cebra
© Cristina Candal Couto

ISBN papel: 978-84-17564-45-2

Editado por Tregolam (España)
© Tregolam (www.tregolam.com). Madrid
Calle Colegiata, 6, bajo - 28012 - Madrid
gestion@tregolam.com

Todos los derechos reservados. All rights reserved.

Diseño de portada: Tregolam
Ilustración de la portada: Shutterstock

1ª edición: 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en España
Printed in Spain





El telescopio espacial Kepler ha captado por primera vez la luz visible de la onda expansiva causada por una estrella explotando. El estallido duró apenas 20 minutos y un equipo de científicos lo ha rescatado de las observaciones almacenadas por el telescopio durante tres años de vigilancia de 50pot0 galaxias lejanas.

La estrella se llama KSN 2011d y está a 1200 millones de años luz de la Tierra, según ha informado la NASA en un comunicado.

Este fenómeno sucede cuando una estrella se queda sin su combustible principal, el hidrógeno. El núcleo del astro implosiona y produce una onda expansiva que acaba reventando la superficie.

23 de marzo de 2016, El País

¿Pero qué tenéis contra la nostalgia? Es el único entretenimiento que le queda, ¡el único!, al que ya no cree en el futuro.

Romano, en *La Gran Belleza*



PRIMERA PARTE: 2016

1.

—Siempre, desde el principio, mucho antes de que el planeta terminara de enfriarse, ha habido alguien que se apartaba del grupo para pintar animales. Lo hacía con intención de ayudar. Eso se ve. Ayudar a los suyos de una forma positiva, concreta, que nosotros aún podemos intuir (no verbalizar, Amalia, ¿quién lo pretende?). Y en el centro de la tierra lo hacía, donde no entra el sol. Mucho después, cuando todo el grupo salió de la gruta, los otros hombres tuvieron que decirle al pintor que, aunque le agradecían mucho la ayuda prestada, sus luminosos caballos y bisontes, cabras, ciervos y jabalíes, habían dejado de ser necesarios.

—Perdido el misterio, perdido el prestigio. ¿Algo así?

—Algo así. Los animales pasaron a ser alimento y ropa, fuerza mecánica... y poco más: un amusement¹, como un cestito de higos o un jarrón chino, un ramo de rosas, un plato de fresas, a cuya reproducción solo querrían consagrarse los incapaces de pintar asuntos graves.

—¿Y no es bastante grave un “Plato de Fresas”, Máximo? Terminará por serlo, de seguir así.

—Pues da qué pensar. Esto de los animales, quiero decir. Porque los hombres de las cavernas casi no pintaban otra cosa. Como los niños. Manos proyectadas sobre la pared, perfiles de animales. Y yo tengo la impresión (pero puedo estar equivocado, no te lo discuto) de que volveremos a lo mismo. Tan al final de todo, con el barco ya medio escorado y las bombas de achique averiadas...

—Animales y manos, no está mal. Motivo (que fue el primero) actualizado para el Fin de los Tiempos por anónimos artistas del ciberespacio. ¿Algo así?

—Algo así.

1 Vid. p. 439

2.

Amalia Puga decía no haber cambiado “absolutamente nada” desde que era una adolescente *révoltée*, allá por los años sesenta del pasado siglo. Añadía que quizá por eso le daba tanta pereza adaptarse a la forma de pensar y relacionarse de sus nietos quinceañeros. No encontraba ninguna razón convincente para hacerlo, aturdida o abiertamente irritada, según el día, por la fuerza succionadora de todos esos dispositivos, plataformas, portales, realidades virtuales y/o aumentadas que en muy pocos años –poquísimos, de hecho: ella situaba el comienzo de la invasión marciana en torno a 2008– habían ido ocupando el tiempo antes dedicado a hablar o a callar *in praesentia*, es decir, rozándose y oliéndose y mirándose a la cara unos a otros, aunque fuera algunas veces de reojo y otras (no pocas) con ganas de partírsela.

No estaba la Sra. Puga entre esos sexagenarios vergonzantes que se cargan de adminículos electrónicos para no quedarse atrás/al margen/a un lado, pero eso no bastaba para hacer de ella una “Nostálgica Perversa” (así descalificaba a los que, en su opinión, no sabían matizar). Amalia Puga, propietaria de la librería de la calle Alejandro Malaespina, había sido pionera a mediados de los 90 con su ordenador portátil y su teléfono móvil. Según ella misma contaba, con un afán de dar explicaciones que, hasta donde yo sé, nadie le pedía, se había estrenado con un aparatoso Motorola StarTac, *clamshell*, ¡a pilas!, muchos años antes de los primeros móviles Apple. Fue pasando por varios RAZR, se saltó (sabiamente) la Blackberry, y en la actualidad, satisfecha con su iPhone 4s de carcasa blanca, a punto de ser oficialmente declarado obsoleto, no sentía ninguna necesidad de cambiarlo. Había seguido en la vanguardia *tech* al comenzar el siglo con la web de la librería y su arrebatado blog de crítica literaria (*librosardientes.com*, inaugurado en 2006); sabía usar un programa de maquetación; hacía, en lo posible, todas sus gestiones administrativas por

internet; y aunque ella se resistía como gato panza arriba a comprarse una tableta o *eReader* de cualquier clase, en la librería digital sí vendían *eBooks* y el catálogo no dejaba de crecer. Nadie que la conociera podía tildarla de ultramontana. Pero esto de ahora... “esto de ahora” era otra cosa, repetía ella, difícil de comparar con nada. ¿Qué le pasaba a todo el mundo? ¿Habían olvidado cómo eran las cosas antes? Y los que no lo habían olvidado, ¿por qué le daban tan poca importancia a este estado de universal abducción tecnológica?

Su vecino, Máximo Andrade, le decía que por supuesto, que el olvido voluntario se iba extendiendo día a día, como un vertido de petróleo en el mar “o un perfume por el aire”, según como quisiéramos verlo. Él sí probaba a hacer comparaciones. Y sí, lo mismo –al menos para los que lo habían vivido en sus carnes– había sucedido otras muchas veces a lo largo de la historia. Cuando la luz eléctrica encendió las calles, por ejemplo (¿quién recordaba ya la noche?). O cuando se echaron abajo las murallas que cerraban las ciudades desde la Edad Media y los hombres, poco a poco, le fueron perdiendo el respeto al bosque. O cuando los grandes veleros desertaron de los puertos. Nos fuimos acostumbrando, continuaba amablemente el Sr. Andrade. “Nos fuimos conformando”, corregía la Sra. Puga, “¿y cómo vas a compararlo con esto, Máximo, este olvido absoluto de todas las cosas?”, insistía, convencida de que eran “los ojos y las manos” lo que había cambiado, y no esto o lo otro, la forma de copiar un libro o de iluminar una casa, o de acortar la distancia entre dos puntos... Eso es –volvía a la carga el Sr. Andrade, lleno de buena voluntad–, lo mismo sucedió, el mismo vértigo (“¿el mismo vértigo, Máximo, de verdad lo crees?”) cuando los motores de explosión reemplazaron a los caballos. Todo desapareció. Las diligencias de dos o cuatro caballos que salían de de delante la vieja estación del Norte, hecha de tablones, que ardió como lumbre de paja en 1964. O los coches de punto, o el carro de mulas que subía el pescado hasta la Plaza de Lugo... ¿Quién podría recordar en 2016 aquel olor y aquel traqueteo por los adoquines de la ciudad?

–Escarbando hacia atrás, pero bien, bien hacia atrás, yo me acuerdo sobre todo de los pájaros, Amalia.

–Yo de las laderas de toxos² en flor, antes de venimos a vivir a la ciudad. Había una canción sobre esas flores... ¿Cómo empezaba?

Cuando nos instalamos aquí, contaba entonces Amalia Puga, una señora venía todas las semanas desde su aldea y cargaba nuestra ropa de cama en las alforjas de su burro. Un burro flaco, viejo. Lo veíamos llegar desde la galería de casa, pero antes de verlo –es cierto– ya lo habíamos oído, su paso cansado y regular, subiendo lentamente por la Avenida Finisterre. La mujer se llevaba nuestras sábanas para lavarlas en el río Monelos y traerlas de vuelta unos días después. En una alforja llevaba la ropa limpia, en la otra la ropa sucia. Se llamaba Marina. Vestía de negro riguroso y tenía las manos destrozadas por la artrosis. Naturalmente, esto ya no se lo podía contar a nadie –salvo al Sr. Andrade, por descontado– porque absolutamente a nadie le interesaba.

Amalia Puga no idealizaba el viejo mundo y se sentía obligada a precisarlo constantemente. Le ponían muy nerviosa los desmemoriados, o los simplemente muy frívolos, más abundantes, que sí lo hacían. Aquella intensidad, la belleza de las cosas –nítidas y compactas, tal como ella las recordaba–, no podrían compensar nunca el dolor, igual de nítido y compacto, que con demasiada frecuencia las acompañaba. El modelo que la Sra. Puga detestaba y solía poner de ejemplo, viniera o no mucho a cuento, era el de ciertos viajeros anglosajones de la primera mitad del siglo XX: tipo Henry Miller, apuntaba, de paseo por la Grecia misérrima de 1940.

–Reaccionario donde los haya, pero agazapado bajo las galas del lenguaje surrealista... ¡Qué cuidado hay que tener con estos!

Cuando el caballero escritor –explicaba la Sra. Puga– se cansa del calor, la suciedad, las diarreas, las mujeres descalzas, los burros famélicos, no tiene más que volver a su embajada en Atenas o ponerse en contacto con la American Express. Y tras un año de “riquísimas experiencias”,

2 Vid. p. 437

volverse a California, no sin antes pontificar sobre las bondades de la miseria y la ignorancia y el potencial corruptor de la civilización. Y piensa este hombre que puede decir “lo que le salga del nabo”, porque de joven había vivido/querido vivir como un indigente por las calles de París. ¡Y cómo nos tragábamos nosotros todo! “Pues señor, acaban de reeditar *El Coloso de Marussi*, su (muy hermosa) oda al primitivismo, y resulta que se vende estupendamente; lo compra gente de cuarenta años –continuaba–, es decir, la última generación que hizo el bachillerato antiguo; en un bolsillo llevan el *Coloso*, y en el otro la octava o novena generación de iPhone, la 6sPlus...”

La Sra. Puga se esforzaba mucho por matizar porque hasta ella, en aquellos tiempos que corrían, se hacía a veces un lío. Solo quería “conservar lo insustituible –el contacto físico, la palabra justa– y poder recordar lo restante con el máximo de detalles. Las manos deformes de Marina. Los grumos azules en las articulaciones de sus dedos. ¿Acaso no era legítimo que aquella lavandera quisiera una vida mejor para sus hijos, aunque el pintoresco paisaje circundante –a ojos de los Nostálgicos Perversos (y En General Acomodados) del listado personal de la Sra. Puga– perdiera parte de su “autenticidad”? Amalia Puga pedía que no se les olvidara, ni a Marina ni a su burro zarrapastroso, ni a las pescateras que recorrían descalzas Riazor con sus cestos en la cabeza, ni a aquel niño sucísimo que cada dos días les llevaba a casa una barra de hielo (a patacón la barra)... porque le daba miedo que sus hijos y nietos crecieran sin saber esas cosas. ¿En qué clase de personas se convertirían?

Los sábados, cuando su hijo Carlos y su nieto de diez años subían a comer con ella, cada cinco minutos, cada dos minutos, padre e hijo desviaban la mirada lateralmente hacia la pantalla iluminada del iPhone (uno) y de la Nintendo 3D (el otro), colocados ambos junto a la servilleta, boca arriba, como dos invitados más. Y ella hacía como que no los veía, movida por un reflejo de vergüenza ajena que a ellos les hubiera costado mucho trabajo entender. “Tengo que darles bacon a los *mii* de la isla de los Tomodachi...”, le decía Carlitos, enseñándole el dibujo de un estómago vacío y parpadeante en la pantalla de la consola.

–No querrás que el niño sea distinto a los demás –remataba su padre, en respuesta al gesto de perplejidad de la abuela–. ¿O a lo mejor sí quieres?

Él pensaba que había que comprarle al niño su primer teléfono inteligente. A la Sra. Puga le parecía innecesario.

–Solo digo que tiene diez años.

Y él, masticando:

–Pues eso.

Las conversaciones no llegaban a arrancar. O arrancaban, por fin, para ser inmediatamente interrumpidas por los ping... ping... de los wasaps que entraban (un amigo mandaba un chiste; jajaja, se le contestaba; otro, un vídeo de dos gatos tocando el clarinete, o de dos pelirrojas en tanga tocando el clarinete, y una ristra de emoticonos en forma de manos aplaudiendo, de sevillanas taconeando). Y la Sra. Puga seguía comiendo en silencio, tan convencida de tener razón (... ping... ping...) como de lo irrelevante que era ya tenerla.

Era un hecho también esto: su combativo discurso político, al que tanta importancia seguía dando, no había tenido ninguna consecuencia práctica a la hora de organizar su vida. Había malcriado a sus hijos, sus nietos parecían imbéciles. Pero la Sra. Puga mantenía el discurso a pesar de todo, incluso en su versión más doctrinaria, porque este le devolvía una imagen halagadora de sí misma, cosa que empezaba a necesitar mucho ahora, consciente de que su mundo se alejaba a la velocidad del relámpago, con lo bueno y lo malo revuelto, todo en el mismo cesto raído, y nadie parecía darse cuenta ni mucho menos lamentarlo. Entre los escasos interlocutores valiosos que aún le quedaban estaba Máximo Andrade, su fiel vecino del local de al lado, y quizá, de higos a brevas –porque hasta los lectores de más de cincuenta años preferían ya las compras por correspondencia– algún cliente “de los de siempre”, más leídos que la media y siempre bien dispuestos a pegar la hebra en Malaespina.

Cuando yo la conocí, la Sra. Puga todavía se encargaba personalmente de la librería que ella y su difunto marido habían abierto en 1978 en La Coruña, a pocos metros de la Lonja y la Plaza de la Palloza, en la Calle

Alejandro Malaespina nº4. Era una mujer guapa, de esas que saben que lo son, con el pelo muy corto, completamente blanco, y unas manos finas y bien cuidadas que llamaban mucho la atención. Pienso, por un sinfín de detalles (¡un sinfín de miradas!), que a la Sra. Puga le daba miedo envejecer pero hubiera considerado vulgar exteriorizarlo. Además, estaba en forma. No fumaba desde el 98. Iba a pilates dos veces por semana. Se seguía maquillando –sin exagerar– y le sentaban bien los *leggings*.

La librería era grande –un bajo y un primer piso, unidos por escaleras metálicas– y se iba manteniendo, como su propietaria, en un permanente tira y afloja con los nuevos tiempos. Los clásicos y la literatura del XX habían ido haciendo sitio rápidamente –tan rápidamente como para que yo, una recién llegada, pudiera recordarlo– a la novela negra, histórica, romántica, de vampiros y pseudo-ciencia ficción para “jóvenes adultos” (con todas las posibles combinaciones entre ellas: thriller/de vampiros/en el espacio, etc.) y en lugar del sobrio cartel de otros tiempos –“Libros Puga”– unas enormes letras impresas en el cristal de la puerta anunciaban ahora “La Coruña-Book-Store”. La Sra. Puga buscaba por internet libros selectos y ediciones de lujo. Tenía un ojo especial con los manuales descatalogados de arquitectura, arte y fotografía, y una completísima sección de cómics para coleccionistas, de primera, segunda, tercera mano... que en su origen solo había sido una concesión a los gustos de su hijo Carlos (dibujante a ratos, muy aficionado al género), pero que, con el paso de los años, se había ido convirtiendo en uno de los artículos más demandados de LCbookS. La sección de libros de cocina, repostería, vinos y licores, así como la sección de ocio y tiempo libre (más todas las posibles combinaciones con la sección anterior: enoturismo/en *segway*/ por la Toscana, etc.) habían quintuplicado también su espacio en los últimos años. La librería resistía mal que bien a los “manuales de autoayuda”; algo menos, sin embargo, a la literatura infantil políticamente correcta, “muy bonita; simplicísima, inocua...” (así, en un post de *librosardientes.com*). La Sra. Puga, en definitiva, todavía podía permitirse organizar su negocio como a ella le viniera en gana, y hasta se daba el lujo de no vender libros de texto ni “cofres de experiencias”. ¿Cómo lo conseguía? Algo le facilitaría las cosas, supongo, el ser la propietaria del bajo y el

primer piso de Malaespina 4, inversión que había hecho al poco de morir Fernando, su marido, cuando los precios eran diez veces más baratos que hoy. Tenía también otros dos locales alquilados detrás de la Calle Real (no sé la dirección exacta; ella no hablaba nunca de su faceta de propietaria), un piso en Matogrande, algo en Adormideras, de modo que, entre las rentas que estos inmuebles le proporcionaban y las cuentas saneadas de la librería, la Sra. Puga podía considerarse, en líneas generales, una pequeña empresaria de éxito. Dos empleados muy jóvenes, hombre y mujer –la Sra. Puga era estricta con las cuestiones de paridad– vestidos con un chalequito corporativo de color morado con la inscripción LCBookS en la espalda, le ayudaban de lunes a sábado con el trájín de la librería, que incluía una confortable sala de lectura con máquina de bebidas calientes, música suave, y la proyección ininterrumpida de fragmentos de cine mudo –una gabarra por el Sena, Nosferatu llegando a Bremen...– en una pantalla gigante que ocupaba la pared del fondo del primer piso. Presentaciones de libros y recitales enriquecían una o dos veces al mes la oferta cultural de LCbookS. Siempre se llenaba la sala. Y es que la palabra de la Sra. Puga, antigua luchadora antifranquista, *influencer* consolidada en la red, gozaba de indiscutible reconocimiento en el pequeño círculo de libreros y editores locales. Así seguía siendo en aquel tiempo, puedo confirmarlo, a pesar de que, a raíz de algunos posts recientes (“Relectura crítica de Walden”, “¿Por qué no huelen a nada las fresas?”, “Bajo el signo de Saturno”) *librosardientes.com* había recibido algunas críticas socarronas (sus autores, nuevos talentos de los magazines culturales *online*, que la incluían “cariñosamente” en el grupo de los *gloom-sayers*, eran, según Amalia Puga, “de esos que creen que el mundo ha nacido con ellos”), y quizá estuviera empezando a perder seguidores. Nada alarmante, en cualquier caso. En otoño seguían llamándola para formar parte de los jurados literarios de prestigio. En primavera Manuel Rivas se acercaba a firmar sus libros a la calle Malaespina.

La Coruña-Book-Store compartía pared, por un lado, con la brocante del Sr. Andrade (así la había bautizado él), “Andrade & Ros. Antigüedades y Objetos Raros”, y debajo, en letras más pequeñas,

“Obras únicas selectas. Porcelanas certificadas”, donde yo trabajaba desde hacía ya cuatro años; y por el otro lado, en el número 2, con una antigua tienda de Efectos Navales, cerrada por jubilación, con el cartel descolorido de “Se Vende” tras el cristal. El resto de los bajos comerciales, del lado de los números impares, estaban ocupados por varias tabernas y *after hours* recientemente restaurados; un horroroso edificio de cristal arrendado por una inmobiliaria intermitente (había abierto y cerrado cuatro veces en solo dos años); y un *holding* casero de tiendas chinas – Bazar Multieuro, colmado, baratillo de ropa y calzado– regentadas por el mismo empresario, un incierto Xu X., al que nunca había visto nadie la cara. Vecinos desde hacía treinta años en aquella calleja –un corredor angosto entre la avenida Primo de Rivera y Fernández Latorre, prácticamente un pasadizo, donde siempre soplabá el viento y olía a pescado, o al azufre de los muelles de Repsol– la Sra. Puga, librera progresista, y el Sr. Andrade, anticuario-chamarilero, tomaban juntos en la brocante su habitual café de media mañana. Se sentaban en dos confortables butacas Luis XVI con respaldo capitoné, frente a una mesa plegable de la difunta Maison Jansen que el Sr. Andrade había logrado encajar en un rincón de la planta baja, junto al pasillo que llevaba al fondo de la tienda. Una tercera butaca con el asiento hundido recordaba en silencio al tertuliano ausente, Juan Ros, dedicado desde su jubilación a recorrer el mundo, con marcada preferencia –según él mismo escribía en sus cartas, que el Sr. Andrade y la Sra. Puga leían, releían y comentaban con fruición– por las ruinas arqueológicas, los museos provinciales y los decrepitos cascos antiguos de las ciudades del sur.

Desde el mostrador llegaba el aroma de un frutero lleno de membrillos. Era una pieza de gres rojo con el borde calado, de aire tan *démodé* como las propias butacas o el cristal esmerilado de la puerta de entrada; aquellos membrillos fragantes, con forma de pera, me parecieron de la misma variedad ‘Gamboa’ que los que crecían en el huerto de mis padres en Arteixo. Yo algo sabía de aquello (de frutas y flores, quiero decir) y mi jefe, al conocer el nombre y apellido de sus membrillos –que hasta entonces había comprado en el súper, sin mirarlos demasiado– aún los tuvo en más, por el solo hecho de saberlos portugueses, y aceptó

que entre octubre y marzo, según cómo hubiera ido la cosecha, fuera yo quien se los suministrara. Me pedía que renovara sus *marmelos* cada cuatro o cinco semanas, en cuanto se pasaban (no en cuanto “empezaban a pasarse”, pues en ese momento la fragancia alcanzaba su punto álgido, y al Sr. Andrade le gustaba hacérselo notar); el aroma dulzón de la fruta se mezclaba con el de la madera del suelo y las escaleras, y también con cierto rastro a tabaco bueno – puritos palmeros, me dijeron– que el socio jubilado había dejado de recuerdo por las cuatro paredes de la brocante. Desde aquel rincón junto al pasillo, medio escondidos por las estanterías y un reloj de pie “Pennsylvania Chippendale/1791” (Pensilvania a secas, para los de casa), los dos tertulianos que aún quedaban en activo podían ver cómodamente, sin necesidad de girar la cabeza, la pequeña colección de plantas tropicales que el Sr. Andrade había colocado entre los “objetos únicos y raros” del escaparate, iluminados entre las once y la una en invierno, si el cielo no estaba cubierto, y entre las nueve y las dos, o algo más, durante los meses de verano. Un haz de luz entraba de golpe en la tienda a esa hora punta, como si alguien la hubiera disparado con un *bazooka* desde la calle (“como en la Anunciación de Fra Angelico”, decía Andrade, soñador), y a mí me parecía asombrosa la subsiguiente transición hacia la penumbra, tan repentina como la entrada del sol, apenas dos horas antes.

La Sra. Puga y mi jefe describían sus tertulias como una versión 2.0 de la “Congregación del Índice”. Hablaban de novelas releídas cuatro y cinco veces, de un detalle descubierto en la enésima visita a no sé qué iglesia de Roma, de anécdotas de la vida de algún pintor muerto hacía trescientos años... Yo, que solo había cursado unos escuetos módulos de formación profesional, les escuchaba en silencio desde el interior del escaparate, al que tenía que encaramarme semanalmente, con mil y un cuidados, para revisar y poner a punto las exuberantes orquídeas de Andrade & Ros.

Aquel día de diciembre el Sr. Andrade y la Sra. Puga hablaban sin ponerse de acuerdo sobre uno de los últimos relatos de cierto escritor inglés (cuyo nombre he olvidado), y lo relacionaban (tampoco recuerdo

cómo) con la mano temblorosa “del viejo Poussin” (que sí recuerdo, pues en el despacho del Sr. Andrade había una postal enmarcada del *Et in Arcadia ego*) y de si no sería en esas obras, cuando uno ya es un anciano y no necesita impresionar a nadie, donde se haya lo más cercano a “la autenticidad”, en el caso de que todavía tenga sentido hablar de ella, “que seguramente no”, mantenía la Sra. Puga.

En esa época del año, como ya he escrito, la luz entraba tarde en el escaparate y apenas se mantenía un par de horas en nuestro lado de la acera. Para sostener las floraciones tempranas (un *Oncidium* de aspecto muy frágil, pero también muy florífero, que se adelantaba en enero a las catlejas) había que encender durante varias horas dos tubos fluorescentes de 55W cada uno, de luz azulada uno, de luz anaranjada el otro, con un reflector incorporado que podíamos conectar o no según se necesitara.

Sufríamos todo el tiempo con la iluminación, y mucho, porque nunca se ajustaba exactamente a lo que necesitábamos. Las orquídeas eran diversas y su estadio de desarrollo también. Por eso, aunque yo llevaba cuatro años aprendiendo a modular la claridad del escaparate, sentía que no podía relajarme, como me aconsejaba el Sr. Andrade, e instalar un programador. No me fiaba. Aquel día oscuro de diciembre, sin ir más lejos, anormalmente cálido y seco, costaba trabajo creer que en verano, si no queríamos ver cómo la luz quemaba las plantas, incluso tendríamos que echar a primera hora una ligera persiana veneciana, y dejar entreabiertas las varillas hasta pasado el mediodía.

Mi jefe y la Sra. Puga seguían hablando de sus cosas. Trataban de dilucidar ahora, en uno de sus giros impredecibles, por qué en las grutas de la prehistoria solo se pintaban animales, o, “lo que viene a ser lo mismo”, por qué en un determinado momento dejaron de pintarse. No eran ni las doce cuando, resignada, me decidí a prender el doble tubo fluorescente.

¡Tocamos fondo! oí exclamar a mis espaldas.

3.

El Señor Andrade cogió con ambas manos la escultura y la sacó del escaparate. Era un bajo relieve en mármol, de poco más de cincuenta centímetros, que representaba el perfil estilizado de una cebra. La pieza llevaba ya dos meses expuesta, enseñoreándose como un tótem entre las orquídeas y helechos, especie de contrapunto tropical al servicio de mesa Royal Worcester (casi completo) y los tres centros de mesa de Gien –loza fina esmaltada, reproducción (casi perfecta) de antiguos modelos de finales del XIX (casi del XX)– que completaban aquella pequeña muestra. Los fondos de la brocante daban para un despliegue bastante más lujurioso, pero yo misma, que lo veía desde dentro, sumergida hasta las pestañas en aquella pecera de dos metros cuadrados –un modesto *mato grosso* orientado al este– le había aconsejado al Sr. Andrade que evitara ser exhaustivo. La cebra trataba de levantar su cabeza entre aquella fronda. Las rayas negras se distinguían de las blancas por el diferente grosor del relieve. Tenía la mirada extraviada, la boca entreabierta, como si acabara de descubrir algo terrible y quisiera aprovechar ese último segundo, antes de dejarse paralizar por el miedo, para avisar a las otras cebras.

–Se la compré al propio escultor hace ya tiempo, lo menos quince o veinte años. Tuve más cebras, llegué a tener todo un catálogo. Pero ya no me queda más que esta. Las primeras se vendieron bien, a un precio asequible: diez, veinte, hasta treinta mil pesetas. Para ser mármol, sinceramente, no era tanto dinero. ¡Y genuino mármol di Luni!

El cliente que se había interesado por aquella pieza era un viejo conocido en la brocante, Ignacio Hervás, reputado decorador de interiores y de un tiempo a esta parte metido a paisajista. Sacó del bolsillo de la americana unas gafas estrechitas con montura de oro e, inclinándose sobre el mostrador, le dio la vuelta a la plancha de mármol. Las iniciales G.A. grabadas en el reverso del mármol no le decían nada.